

■ ABALOS, Iñaki:
La buena vida.
Visita guiada a las casas
de la modernidad.
Barcelona, Gustavo Gili, 2000

M^a José Bueno Fidel

Habitar la filosofía y pensar la arquitectura es la tarea que se ha impuesto el arquitecto Iñaki Abalos en este libro, que recorre los movimientos centrales de ambas disciplinas en el último siglo. Siete son los estadios en los que divide su narración, un número que no está escogido al azar, ya que, al fin y al cabo, *se trata de un número asociado a la construcción de las totalidades.*

La buena vida es y no es un libro para arquitectos y filósofos. Quiero decir que la mirada del autor ha intentado acercarse a las dos materias sin que los tics y la jerga del profesional contaminen el texto, de ahí que utilice un lenguaje no especializado y que sus referencias pertenezcan más al ámbito de la cultura que a la estrictamente profesional. Precisamente por ello, los especialistas de ambas materias van a encontrar en él una mirada desprejuiciada que puede llegar a ser muy fructífera tanto para unos como para otros. Qué duda cabe que la idealización de la casa, la manera de entender la privacidad y de acercarse a lo doméstico están fuertemente imbricados en el pensamiento contemporáneo, de ahí que a la hora de establecer los distintos arquetipos la visita de Abalos discorra más por casas imaginarias que por hitos realizados de la arquitectura contemporánea, como podrían ser la Casa Saboya o la Casa de la Cascada.

La visita guiada en siete capítulos transcurre por la casa nietszchiana que habita Mies van der Rohe; la cabaña existencialista de Heidegger; la casa del positivismo comtiano vista satíricamente por el cineasta Jacques Tati; la casa fenomenológica, que disfruta gozosamente un Picasso de vacaciones; la Factory de Warhol, que da pie a un análisis de las comunas freudomarxistas; la casa deconstructiva y la vivienda del pragmatismo, a la que dio forma ideal el pintor David Hockney. Es, precisamente, el salto entre distintas disciplinas uno de (os principales valores del libro de Abalos, en el que se demuestra de manera patente la profunda conexión entre la forma de analizar lo social y la forma de construir.

Otro de los valores fundamentales de este peculiar acercamiento a la vivienda del siglo XX es el hecho de que Abalos realiza una crítica de la disciplina desde dentro. Su conocimiento de las teorías y prácticas arquitectónicas, de los hábitos y maneras del arquitecto moderno, hacen que su visión sea aguda y sutil, y su crítica, certera. El papel prepotente y casi de sumo pontífice del que se han investido muchos profesionales de la arquitectura, situados por encima de los comunes mortales, que han de someterse a los designios del arquitecto, que es quien establece cómo se debe vivir y qué nos debe gustar, es una de las denuncias que el autor atribuye a la influencia del pensamiento positivista, que ha marcado el horizonte y la utopía del Movimiento Moderno. ¿De dónde proviene sino del positivismo el hombre tipo lecorbuseriano o la familia entendida como pura estadística, ese constructo mental que permitió a los arquitectos ortodoxos objetivar su comportamiento social y cuan-

tificarlo en aquella experiencia casi delirante que fue el *Existenzminimum*? La casa como máquina de vivir de Le Corbusier es diseccionada aquí como la máquina de vigilar, la máquina higienista y falsamente científica responsable de muchos de los desmanes de la ciudad contemporánea.

Sin ser *La buena vida* un análisis maniqueo —de alguna manera todos los arquetipos son espejos en los que podemos reconocernos—, la misma actividad profesional de Iñaki Abalos lo lleva a colocarse más cerca de unas teorías que de otras. De todas ellas, la casa positivista, en su cerrazón totalitaria, es la que se lleva la peor parte en este recorrido, mientras que la casa del pragmatismo es la que más se acerca a la sensibilidad del autor. Las teorías del norteamericano Richard Rorty trazan el hilo teórico del último capítulo dedicado al pragmatismo, que utiliza los métodos de esta corriente filosófica para intentar elaborar una nueva manera de vivir: la concepción individual y subjetiva del mundo; la teoría utilizada como instrumento y no como respuesta; el liberalismo entendido como pacto entre sujetos análogos; el descubrimiento del sustrato poético de lo cotidiano o el instante banal como experiencia estética forman parte del instrumental con el que el filósofo pragmático analiza el mundo, instrumental que hace suyo el autor del libro para trasladarlo a la praxis de la arquitectura. Aquí es precisamente en donde el ensayo se vuelve más esperanzador: por fin hay un cuerpo teórico que puede ayudarnos a mejorar nuestro entorno y nuestro modo de vida. Pero es justamente en este capítulo donde disiento con la visión esperanzada de Iñaki Abalos. El pragmatismo

es una filosofía de raíz liberal que basa su método analítico en la falta de fundamentaciones fuertes, y si bien es cierto que las grandes ideologías del siglo XX han causado grandes catástrofes, no es menos cierto que la falta de compromiso conduce a una filosofía del todo vale que en última instancia legitima al protagonista indiscutible de las ideologías liberales: el capital. Cuando Abalos saca a colación el libro de Rem Koolhaas, *The Generic City* (1994), que es un canto a las grandes megalópolis de sudeste asiático como Shangai o Singapur, o el ensayo de R. Banham, *Los Angeles, The Architecture of Four Ecologies* (1971), un manifiesto optimista sobre la que es *la ciudad del pragmatismo por excelencia*, no puedo dejar de pensar en el peor de los mundos posibles; en lo que, no por inevitable, deja de ser indeseable. Cuando Abalos explica sus proyectos como adecuaciones a la menor estabilidad y la mayor fugacidad de la vida del hombre; cuando habla del espacio banal, perecedero e inconsistente como paradigma de lo que ha de ser el espacio arquitectónico, me viene a la memoria el estudio de Richard Sennet, *La corrosión del carácter* (1998), que desvela con una absoluta crudeza las consecuencias devastadoras que los sistemas del nuevo capitalismo están teniendo en la manera de vivir y pensar del hombre contemporáneo. Es por todo ello que no puedo compartir con el autor del ensayo su esperanza y confianza en que sea el pragmatismo quien nos suministre los modelos para construir una buena vida, aunque lo que sí comparto con él es la certeza de que una de las tareas fundamentales de la arquitectura contemporánea consiste en pensar la casa que nunca antes pudo imaginarse.